

CAPITULO CXXXVII.

Interés que tomó Felipe II en los negocios de Francia. — Situación de aquel reino. — Hugonotes y católicos. — Revolución de París. — Muerte de Enrique III.

TIEMPO hacia que Felipe II, paseando desde su atalaya del Escorial sus miradas por los estados de Europa, á todos los cuales se extendían los hilos de su política, había fijado frecuentemente los ojos en la vecina Francia, puesto mano en los negocios interiores, y calculado lo que le convendría hacer ó intentar en lo sucesivo, según el rumbo que aquellos tomasen. Dábanle pié para esta intervención las largas y sangrientas luchas, momentáneamente algunas veces interrumpidas, á cada paso con mas furor renovadas, entre católicos y protestantes, que traían de continuo conmovido y regado con sangre aquel reino. Favorecía Felipe, como en ocasiones varias hemos apuntado, al bando católico, ya con disimulo, ya á las claras, ya con sus tropas de España ó Flandes, ya con dinero, que no invertía en esto pocas sumas, y siempre con los manejos de la política, en que nunca alzaba mano. Obraba de esta manera el Monarca español, no solo como protector general del catolicismo, á cuyo título aspiraba, sino también á propósito de impedir que el bando calvinista de Francia auxiliara á los protestantes y rebeldes de los Países Bajos. Luego veremos si llevaba, además de esta protección, pensamientos y miras de otra índole (1).»

De este modo el historiador mas concienzudo de nuestros días ha definido los trabajos y las aspiraciones aparentes de Felipe II respecto á Francia, y aparente decimos, porque los acontecimientos posteriores demostraron que otra mira mas interesada llevaba el astuto Monarca.

Aun cuando á grandes rasgos necesitamos exponer la situación en que Francia se hallaba en el momento en que España comenzó á intervenir de una manera ostensible en sus negocios, puesto que siendo este el teatro en que vamos á ver desarrollarse una de las tramas del artificioso rey de España, necesitamos forzosamente tener un conocimiento algo exacto de los actores que han de tomar parte en la ejecución y de las causas determinantes de ella.

En mayo de 1576 celebróse entre católicos y hugonotes la paz apellidada de *Monsieur*, paz que poco de honrosa tuvo para Enrique III, por cuanto un grupo pequeño de individuos, que tales eran entonces los hugonotes, obtenían la posesión de varias ciudades y la libertad para el culto reformado.

Esto, produciendo general indignación en los católicos, obligóles á reunirse constituyendo un partido, cuyo jefe había de ser el duque de Guisa.

Enrique III púsose al frente de la Liga al objeto de quitar á este la influencia que iba á alcanzar, pero no era posible que consiguiera atraerse al partido católico, que no podía perdonarle su último tratado con los hugonotes.

Además, lo desarreglado de su conducta, aquellas ridículas apariencias de una devoción que no sentía, unidas al libertinaje de que hacia un vergonzoso alarde; sus exacciones y sus atropellos habían conseguido irritar al pueblo y á los nobles, que comparaban perfectamente, y que veían que aun cuando el de Guisa no estaba exento de defectos, era un verdadero católico y un valiente soldado, como lo había demostrado en la guerra, de la cual conservaba en el rostro las cicatrices que le produjeron el sobrenombre de el *Acuchillado*.

El rey de España, á pesar de seguir, en apariencia al menos, siendo amigo del rey de Francia, dispensó su protección á los de la Liga, protección que se aumentó cuando la famosa tentativa del prior de Crato, tentativa que, como hemos dicho, fue alentada y consentida por Enrique y Catalina de Médicis.

Todavía, como hemos dicho en otro lugar, tuvo Felipe nuevos motivos de resentimiento contra el rey de Francia por el nombramiento hecho por los flamencos en la persona del duque de Alençon, y de este modo el partido de Guisa adquirió nuevos derechos al afecto y benevolencia de Felipe en la misma proporción que aumentaba el resentimiento que este había de profesar á Enrique.

Con la muerte del duque de Alençon en 1584 variaron en gran manera las circunstancias, toda vez que, no teniendo Enrique III hijos, y no habiendo dejado sucesión su hermano, el heredero inmediato era Enrique de Borbon, príncipe de Bearne, que precisamente era el jefe de los hugonotes.

Por esta cualidad no podía aceptar el pueblo, y los Guisas trataron de utilizar esta causa para alejarle del trono, para lo cual, no atreviéndose el Duque á ceñir aquella corona, que por otra parte era el objeto de su ambición, hizo que fuese declarado sucesor al trono el cardenal de Borbon, anciano ya, confiando que á su sombra sería el quien realmente gobernara el reino.

Felipe II favoreció todos estos proyectos, y declarándose abiertamente partidario de la Liga, ajustó un tratado con los Guisas, cuyas bases principales eran: que el cardenal de Borbon había de suceder en el trono á Enrique III, caso de fallecer sin hijos; que el rey de España había de proteger la Liga santa y á los Guisas, y que el de Borbon había de devolverle todas las plazas que le arrebataron los herejes, prestándole su ayuda para someter los Países Bajos.

Cuando en 1583 los comisionados flamencos fueron á ofrecer á Enrique la soberanía de aquellas provincias, la recepción que este les hizo y las buenas palabras que para lo sucesivo les dió desagra-

(1) La fuente, *Historia de España*.

daron al rey de España y á los Guisas, así como su negativa á proteger abiertamente á los flamencos disgustó á Enrique de Borbon y á los hugonotes.

Con graves motivos de irritación los dos partidos, impulsado cada uno por sus particulares ambiciones, la mas leve chispa bastaba para producir un incendio, y la excomunión del pontífice Sixto V á Enrique de Bearne, que se titulaba rey de Navarra como hijo que era de Juana d'Albret y el manifiesto que á su vez dieron los príncipes del Bearne y de Condé llamando al Papa enemigo de Dios, sacrilego, verdugo de la Iglesia y verdadero Antecristo, fueron los dos motores de la octava guerra civil de Francia sostenida por los tres Enrique.

En 1586 el príncipe de Borbon gana la famosa batalla de Courtrai, y los católicos de París, bajo el pretexto de que el Monarca andaba en tratos con los hugonotes y mediante la declaración de los doctores de la Sorbona que dijeron era lícito quitar el gobierno al Monarca que no cumplía con su deber, cunde la efervescencia.

Golpe terrible era este para la autoridad del Monarca, pero él, sin aparentar que le hacia mella alguna, se dedica á fundar en París la orden de los Fuldenses, mientras que sus enemigos, en Nancy, principian á tratar de los medios que emplearían para arrojarle del trono.

La conspiración prosiguió adelante y presto llegó á noticias del Monarca que había en París treinta mil hombres armados en favor de los Guisas, pero el Rey por toda providencia se contentó con prohibir la entrada de estos en la capital, medida que ni fue suficiente á impedir la llegada del de Guisa, ni sirvió mas que para que su autoridad se viese nuevamente desdeñada.

En mayo de 1588 penetra casi solo el duque de Guisa en París, y esta población, que estaba ya perfectamente trabajada en su favor, que aborrecía á Enrique, cuyo yugo se le había llegado á ser insostenible, recibe al de Guisa en triunfo y le aclama gritando: *¡ Viva el duque de Guisa! ¡ Viva la columna de la Iglesia!*

Una vez el Duque en presencia de Enrique, este, justamente enojado, le reprende y le dirige acusaciones violentas que el Duque se esfuerza por rechazar, consiguiendo finalmente salir libre del Louvre con tanto escándalo de los que de buena fe seguían el partido del Monarca, como entusiasmo de parte de sus partidarios.

Desde aquel momento la lucha armada se hizo inminente, y efectivamente, en los días 11 á 13 de mayo tienen lugar las famosas jornadas llamadas de las *barricadas*, y aun cuando el Monarca tenia cuatro mil soldados suizos para su defensa, no le fue posible resistir, porque estos no se hallaban muy dispuestos á defenderle, y se ve obligado á huir á Chartres, quedando el de Guisa dueño de París.

El triunfo de los partidarios de la Liga no produjo, como es consiguiente, la caída de la monarquía, pero desde luego fue un gran paso, que quedó hasta cierto punto justificado con el famoso *Edicto de Union* contra los hugonotes, que se arregló entre la Reina madre y el duque de Guisa.

Precisamente con este acontecimiento coincidió la pérdida de la *Armada Invencible*, que á no ser así quizás hubiesen cambiado de un modo notable los destinos de la Francia, toda vez que Felipe II habría podido prestar un gran apoyo á los coaligados.

El día 23 de diciembre de 1588 es asesinado el duque de Guisa en el palacio de Blois, por orden de Enrique III que, incapaz de luchar como valiente y leal, recurría á tan viles medios para deshacerse de un adversario fuerte y valeroso, teniendo todavía la avilantez de salir á mirar el cadáver y darle con el pié, diciendo: *¡ Dios mio! ¡ qué grande es! ¡ Parece mas grande muerto que vivo!*

Después de haber hecho asesinar también al Cardenal, hermano del Duque, fué á ver á su madre, que estaba enferma á la sazón, y la dijo que desde aquella mañana volvía á ser rey de Francia puesto que había hecho morir al rey de París.

Hasta ahora has cortado bien, contestóle Catalina; *ahora te resta coser*.

Pero cortes de aquella especie, rara vez pueden coserse con destreza tal que se olvide la forma en que se hicieron, y la sangre de los Guisas irritó doblemente á sus partidarios, poniéndose al frente de la insurrección el duque de Mayenne, hermano de los muertos.

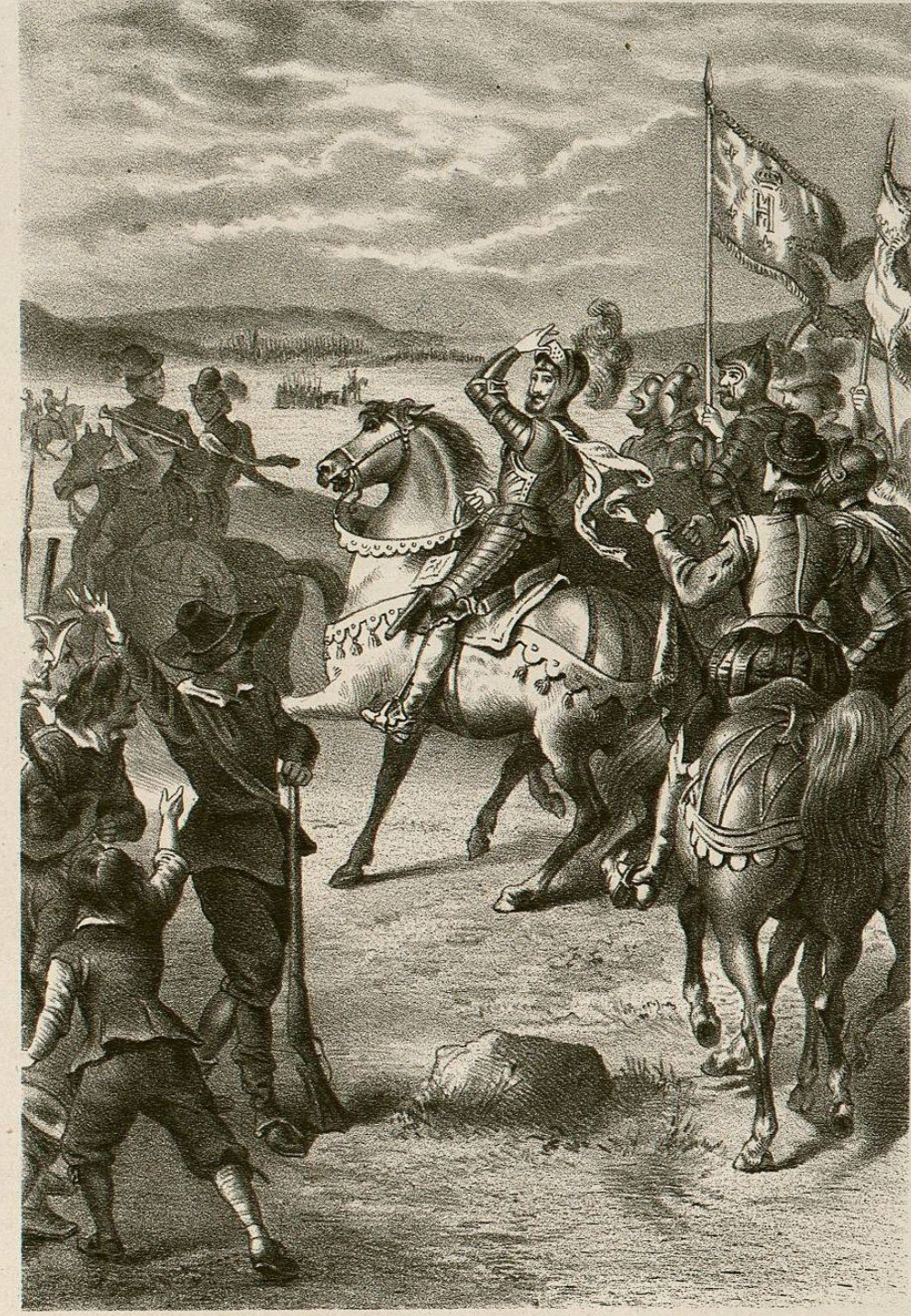
Pocos días después murió Catalina de Médicis, y un sacerdote dijo desde el púlpito, que dudaba si la Iglesia católica debía rogar por ella, pero que por caridad siquiera, podían rezar un Padre nuestro y un Ave María.

Enrique de Borbon acudió en auxilio del rey de Francia, y entre los dos llegaron á reunir un ejército de cuarenta mil hombres, con los cuales se dirigieron á poner sitio á París.

Un día presentase en el campo un fraile dominico suplicando se le permitiese entregar al Rey una carta.

Este fraile era Jacobo Clemente; la carta no era mas que un pretexto, y mientras la leía, el puñal del fanático se hundió en el pecho del Rey el día 1.º de agosto de 1589.

El asesino es muerto inmediatamente, pero el Rey sucumbe también al día inmediato, nombrando por su legítimo sucesor en el trono, á Enrique de Borbon, rey de Navarra.



BATALLA DE IBRY.

CAPITULO CXXXVIII.

Enrique IV se ve obligado á levantar el sitio de París.—Batalla de Ibray.—El duque de Parma acude en socorro de París.— Admirable campaña que hizo en Francia.—Regresa á Flandes.

ENRIQUE de Navarra, cuarto de su nombre, que subió á ocupar el trono de Francia, á pesar de habersele unido una parte del ejército católico que mandaba su antecesor, no tuvo mas remedio que alejarse de los muros de París, dirigirse á Normandía y, fortificado en Dieppe, aguardar los auxilios de la reina de Inglaterra.

Sin embargo, como quiera que el nuevo rey de Francia poseía grandes cualidades, tanto como soldado cuanto como príncipe, no rehuó ninguna de las ocasiones que se le presentaron para luchar con sus contrarios.

En Argues fue atacado por Mayenne, que llevaba un ejército de treinta mil hombres, y á pesar de no contar Enrique mas que con tres mil, de tal manera supo manejarlos y tal valor les infundió con su mismo ejemplo que ganó la batalla, preparando el camino para el nuevo triunfo que en marzo de 1590 obtuvo en Ibray, que constituye una de sus mas gloriosas páginas militares, y que le dejó franco el camino para dirigirse nuevamente sobre la capital.

Terrible era la situación de París tan luego como el Monarca apretó el cerco de la capital.

Tomadas todas las avenidas, fue tan riguroso el bloqueo, que el hambre se dejó sentir en el interior de un modo tal, que hubo necesidad de recurrir á los animales inmundos, y no siendo esto suficiente, se comían las criaturas y se molían los huesos de los muertos para hacer con ellos pan que causaba la muerte á los que de él esperaban la vida.

Calculase que perecieron de hambre sobre treinta mil personas, siendo muchos mas, como dice un historiador, los que se arrastraban medio muertos entre la inmensidad de cadáveres de los que diariamente sucumbían.

El legado pontificio y el embajador del rey de España socorrian con extraordinaria grandeza aquel pueblo que desfallecía de necesidad, pero todos sus esfuerzos eran insuficientes, porque la caridad particular ante una miseria de tales condiciones generalmente es impotente.

Sin embargo, mucho hizo el embajador español en aquellas dolorosas circunstancias, juzgándose en vista de sus espléndidos socorros que había el propósito de sostener el espíritu de aquel pueblo hasta que Felipe II hubiera conseguido hacerse dueño de la Francia.

El clero procuraba mantener vivo el entusiasmo por medio de predicaciones y de procesiones, en que muchas veces, según todos los historiadores, arrastrado por el mismo celo llegó á caer en el extremo del ridículo, mas á pesar de todo esto la situación era terrible, desesperada, y Enrique IV podía abrigar fundamente la esperanza de una próxima rendición.

Pero Felipe II, que no podía consentir que un monarca hereje ocupase el trono francés, respecto al cual, á pesar de todas sus protestas en contrario, tenía interesadas miras, según demostró después, estaba haciendo cuanto le era posible para acudir en su socorro.

Sin tener en cuenta lo necesarias que le eran las tropas en Flandes, sin dar oídos á su secretario interino Juan de Idiaguez, que enérgicamente le había manifestado todo lo antipolítico é inconveniente de tratar de componer discordias ajenas cuando no había alcanzado la paz en las provincias propias, ordenó que pasasen varios cuerpos desde Flandes á Francia, y que Alejandro Farnesio fuese á tomar el mando de ellos.

Este hizo presente á su tío lo mismo que Idiaguez le digiera ya, que abandonar la guerra, cuando precisamente para terminarla sólo había que dominar las provincias de Holanda y Zelandia, era hacer estériles por completo todos los sacrificios de hombres y dinero que por espacio de tantos años se habían hecho y perder lo que podía considerarse como seguro por ir á componer negocios ajenos, de los que ninguna utilidad había de reportarse.

Mas Felipe había formado su plan, y ya hemos visto en varias ocasiones que no era el rey de España de los que ceden ante la justicia de una discreta razón ó de un juicio recto y desapasionado. Ordenóle que pasase á Francia, y no tuvo otro remedio, mal de su agrado, que obedecerle.

El conde de Mansfeldt quedó encargado del gobierno de Flandes, y al penetrar el duque de Parma en el territorio francés, juró solemnemente sobre un altar, que el rey de España no llevaba en aquel auxilio mas objeto que el de proteger á los católicos franceses persiguiendo la herejía.

Alejandro no podía creer que su tío abrigase distinto proyecto, y de buena fe juró una cosa que por los hechos posteriores se comprendió no estaba en la mente de su tío.

El duque de Mayenne salió á esperar á Alejandro, y reunidos ambos se dirigieron hacia París, que estaba sufriendo todos los horrores consiguientes á un asedio tan prolongado como riguroso.

Enrique, á pesar de su valor y de la confianza que en sus soldados tenía, no creyó prudente aventurar en una acción la corona que cenía, y el 30 de agosto de 1590, á la aproximación de Alejandro, levantó el cerco, tratando de presentar batalla al de Parma en otro lugar que le fuese mas favorable.

La generalidad creían que inmediatamente tendría lugar un en-

carnizado combate, teniendo en cuenta que se hallaban frente á frente los dos mejores capitanes de su época, pero no tuvieron en cuenta que no pertenecían á la clase de guerreros vulgares que, envanecidos con el propio valor, menosprecian el del contrario. Alejandro Farnesio y el rey de Francia se apreciaban recíprocamente en lo que ambos valían y se trataban con el respeto y la consideración que uno y otro merecían.

Enrique trató de provocar á Alejandro, pero este esquivó con destreza la batalla, y por medio de hábiles movimientos que no pudo impedir aquel, trasladó sus tropas á otros puntos; sitia y toma á Ligny, se apodera de Corbeil, abastece á París, donde deja una guarnición de cuatro mil hombres, y á cortas jornadas, cual si se tratara únicamente de un simple paseo militar, se dirige hacia los Países Bajos y llega á Bruselas el día 4 de diciembre.

Las predicciones que Alejandro había hecho al Rey su tío, lo que él había temido tanto, fue precisamente lo que encontró á su regreso. Mientras los combates y las enfermedades habían causado estragos en el ejército que llevó á Francia, las sublevaciones se habían sucedido con extraordinaria rapidez en el ejército que había quedado en Flandes.

Y la razón era muy obvia; el tesoro español se hallaba exhausto, era imposible sostener tantas guerras sin fruto y en tan distintos puntos, y forzosamente por atender lo que mas urgente se creía, desatendióse lo verdaderamente necesario.

La falta de pagas había producido varios desórdenes; de ella nacieron los excesos cometidos por la soldadesca en distintas poblaciones, excesos que obligaron á los mismos habitantes á expulsar las guarniciones, y como consecuencia inmediata, Mauricio de Nassau, que aun cuando corto en años, como dice un historiador, descubría no menos talento político y mas astucia militar que su padre, aprovechándose de aquellas disensiones y de aquellos motivos, y contando con los auxilios de Inglaterra, consiguió apoderarse de varias plazas, sin que pudiera impedirlo Alejandro, á quien las sublevaciones de sus tropas y el abandono en que Felipe le tenía, le impedían obrar como quisiera.

Además, sus enemigos de la corte, lo mismo que con la expedición á Inglaterra, hicieron circular respecto á él los mas absurdos rumores, y Alejandro no tenía mas remedio que justificarse.

El Monarca español aceptaba las razones que le exponía Alejandro, desechaba todas las calumnias fraguadas por sus enemigos, pero ni le prestaba el apoyo material que necesitaba, ni tampoco se mostraba dispuesto á abandonar sus proyectos respecto á Francia.

Y tan no desistió Felipe de este propósito, que á pesar de encontrarse Alejandro tratando de socorrer á Nimega, que se hallaba muy apretada por Mauricio de Nassau, le envió orden de que regresase inmediatamente á Francia, puesto que durante su ausencia las grandes cualidades que como rey poseía Enrique IV, por una parte, y los auxilios de la reina de Inglaterra y de los protestantes de Alemania por otra, habíanle ganado extraordinario prestigio, en términos que el ejército de la Liga no se atrevía á aventurarse en una batalla decisiva.

Sitiada tenía Enrique la importante plaza de Ruan, y su pérdida hubiera sido de gran trascendencia para los católicos, por cuya razón, Felipe ordenó á Alejandro se pusiera en camino inmediatamente.

De sus propias rentas tuvo el de Parma que reclutar tropas para reorganizar los tercios italianos que militaban en Francia, toda vez que tanto le escaseaban los recursos de España, y en diciembre de 1591 entró por segunda vez en Francia, obligando á Enrique á levantar el sitio de Ruan, como la vez anterior habíale obligado á levantar el de París.

Irritábase Enrique al ver que el de Parma, con esa habilidad que le distinguía, esquivaba los combates que aquel le presentaba sin cesar, y á tal extremo llegó su deseo de combatir, que al ver desfilar por delante de Aumale el ejército de Alejandro, poniéndose al frente de algunos escuadrones, se arrojó impetuosamente sobre él.

Caro pudo costarle semejante imprudencia; volviéronse con furia los soldados del de Parma, y Enrique quedó herido, pudiendo escapar á duras penas.

A consecuencia de esto, preguntando el duque de Mayenne al de Parma que cómo había dejado escapar aquella ocasión que tan oportunamente se le presentara para apoderarse del Rey, contestóle este: *Porque yo creía que, peleando con el rey de Navarra, peleaba con un gran general y no con un capitán de caballería; nada tengo de que reprenderme.*

A su vez Enrique IV no pudo menos de reconocer, que había obrado en aquella ocasión con una ligereza indisculpable, y siempre llamó á aquel hecho, el *error de Aumale*.

Desde Ruan marchó el de Parma á poner sitio á Caudebec, en cuyo punto recibió una herida de bala en un brazo, herida que le produjo una violenta calentura, obligándole á guardar cama durante muchos días, y poniendo en grave riesgo, tanto su ejército como el de los aliados, puesto que Enrique, aprovechándose de su inacción, apoderóse de todos los desfiladeros, cortándole por completo las comunicaciones.



FUNERALES DE ALEJANDRO FARNESIO.